SSOAR

Open Access Repository
www.ssoar.info

Los indígenas acorralados: los kuna de Urabá entre conflicto, desplazamiento y desarrollo

Alì, Maurizio

Postprint / Postprint
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:
Alì, Maurizio: Los indígenas acorralados: los kuna de Urabá entre conflicto, desplazamiento y desarrollo. In: *Revista Javeriana* 145 (2009), julio, pp. 32-39. URN: http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0168-ssoar-118592

Nutzungsbedingungen:
Dieser Text wird unter einer CC BY Lizenz (Namensnennung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.de

Terms of use:
This document is made available under a CC BY Licence (Attribution). For more Information see:
https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/

gesis Leibniz-Institut für Sozialwissenschaften

Mitglied der Leibniz-Gemeinschaft

2010

LOS INDÍGENAS ACORRALADOS#

LOS KUNA DE URABÁ ENTRE CONFLICTO, DESPLAZAMIENTO Y DESARROLLO

Profesor Maurizio Alí, MA, MSc.

11/05/2010

LOS INDÍGENAS ACORRALADOS

LOS KUNA DE URABÁ ENTRE CONFLICTO, DESPLAZAMIENTO Y DESARROLLO [1]

Maurizio Alì, MA, MSc.[2]

La tierra, la guerra, una cuestión privada...

Urabá: un contexto de injusticia e inmensos cultivos de plátanos que han contribuido a la fama de *"banana republic"* que acompaña, desde hace décadas, esta región. Una republica independiente, (en el sentido que atribuía al término el entonces congresista Álvaro Gomez Hurtado para referirse a aquellas zonas que *"no reconocen la soberanía del estado colombiano, donde el ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que ahuyenta el pueblo o a los habitantes"*[3]), que es también una de las áreas del mundo con mayor riqueza y diversidad de especies animales y vegetales, una eco-región

---

[1] Una primera versión de este articulo fue publicada en 2009, en el numero de julio (756, volumen 145: 32-39) de la Revista Javeriana, publicada por la Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia), con el título "Los kuna de Urabá. Conflicto, desplazamiento y desarrollo". El artículo se encuentra disponible en http://www.revistajaveriana.org.co. Se agradece la Profesora Claudia Steiner, docente del Departamento de Antropología de la Universidad de Los Andes, en Bogotá, por la colaboración prestada y los consejos ofrecidos para la redacción del artículo original.

[2] Profesor de la Facultad de Comunicación Social para la Paz. Universidad Santo Tomás de Aquino, Bogotá. Miembro de la Academia Italiana de Ciencias Humanas y Sociales, de Federación Internacional de los Periodistas y de la REDUNIPAZ

[3] Citado en Alape, Arturo 1987: La paz, la violencia, testigos de excepción. Bogota: Planeta, p. 14

cuya conservación está considerada prioritaria para las finalidades de la conservación biológica. Su importancia como fuente de recursos naturales comerciables ha sido percibida por grandes empresas que han localizado en este área importantes plantas agroindustriales, insertándola así en la compleja red de los mercados globales. Además, su localización geográfica, en el noroccidente de Colombia, cerca de la frontera con Panamá, ha estimulado la imaginación de no pocas administraciones locales y nacionales que han diseñado un sinnúmero de megaproyectos cuyo objetivo prioritario y declarado siempre ha sido el de "destapar el Darién", sin importar el importante impacto en términos humanos y ecológicos que estas obras podrían significar. El potencial económico de la región ha contribuido a la construcción de una imagen del Urabá en términos de "mejor esquina de América", una tierra rica en recursos de los cuales habría solo que aprovechar. Empero, este Edén colombiano se encuentra desde la época de la Conquista en estado de guerra: un paraíso que, para sus pobladores indígenas, kuna-tule y embera, se ha transformado en un infierno. Durante los últimos años esta zona ha sido el epicentro de una crisis humanitaria muy grave que ha obligado sus pobladores a desplazarse hacia lugares más seguros. En la región están presentes grupos armados y criminales cuyo objetivo es el control de sus trochas, ríos y selvas, que se han vuelto rutas estratégicas utilizadas para el narcotráfico y el contrabando. En estos territorios todavía se combate, todavía se mata, todavía hay desapariciones y violencia. Sus pobladores indígenas, así como los afrodescendientes y campesinos, viven la amenaza de las armas -y la consecuente disminución de la disponibilidad de recursos para su subsistencia- como un verdadero peligro para su sobrevivencia. De hecho, el pasaje ecológico y social en que se desarrolla su cotidianidad está sufriendo daños irreversibles.

Los kuna de Urabá

Los kuna se denominan a sí mismos tule, es decir "la gente". Sin embargo, en la literatura antropológica se denominan con un sinnúmero de otros nombres o grafías como, por ejemplo, cuna, guna, guna-dule, cerracuna, tagarcuna, tulemala, bayano, yule, caribe y otras. Ellos se reconocen como los descendientes de la tradición cultural Olotule, "la gente del

oro”, que antes de la llegada de los Conquistadores ejercía su influencia a lo largo de la cuenca central y septentrional del río Atrato.

Desde la cuenca baja del río Atrato, los kuna se han movido, entre el siglo XV y el siglo XVIII, hasta lo que hoy es el Urabá. Posteriormente, por efecto de la presión colonizadora que los conquistadores primero y los colonos después ejercieron sobre sus territorios, los kuna fueron obligados a lo largo de los siglos a una continua dinámica de desplazamiento que ha asumido, con el pasar del tiempo, el carácter de asunto de ordinaria administración. A partir del siglo XIX, la escasez de tierras y la amenaza de los colonos indujo un número siempre mayor de indígenas a buscar refugio más allá de la serranía del Darién, en lo que hoy es territorio panameño, a lo largo de la costa caribe y especialmente en las islas del archipiélago de las Mulatas, más conocidas como islas de San Blas. Hoy en día, la mayoría de los kuna ya no vive en Colombia sino en Panamá, un país que les ha ofrecido un refugio seguro y que les ha otorgado derechos y libertades que en su tierra de origen todavía desconocen. En el país de acogida, como efecto de las revueltas indígenas de 1925 y 1930 generadas por la presión que los empresarios extranjeros ejercían sobre sus territorios, los kuna obtuvieron el Estatuto de “Reserva” y, en seguida, de “Comarca” para la región de San Blas, consiguiendo titular 235.700 hectáreas bajo el concepto de territorio comunitario administrado autónomamente. El Estatuto fue sucesivamente confirmado a través de la ley 16 del 19 de febrero de 1953, considerada por muchos kuna como una constitución política garante de su libertad cultural y territorial, gracias a la cual la jurisdicción de la comarca Kuna Yala y sus autoridades tradicionales están plenamente reconocidas. Este clima de seguridad ha estimulado un fuerte crecimiento demográfico en estas comunidades, hasta el punto de poderse estimar que, hoy en día, en Panamá vivan más de 40.000 indígenas kuna, lo cual hace de ellos el grupo étnico mayoritario en el país. Además, en razón de su peso demográfico, en 1972 el gobierno panameño puso en marcha dispositivos de participación política de los representantes indígenas, orientados a su participación a las elecciones nacionales.

Frente a estos datos, no puede más que sorprender el hecho de que en Colombia, existan actualmente solo dos asentamientos de indígenas kuna, ambos en Urabá. El primero,

Caimán Nuevo, está localizado a lo largo de la desembocadura del río Caimán, entre los municipios de Turbo y Necoclí. El segundo asentamiento, Arquía, se encuentra en la jurisdicción del municipio de Unguía, en pleno Urabá chocoano. Sus pobladores lo reconocen como Makilakuntiwala[4].

En Urabá viven alrededor de 1700 kuna, que enfrentan cotidianamente la progresiva y paulatina disminución de recursos para su subsistencia, así como la constante amenaza de los grupos armados, factores que están poniendo en peligro su sobrevivencia. A pesar de la ya grave situación, a estos elementos se añaden otros y mayores riesgos para su existencia como pueblo, es decir, como una cultura que, en palabras de sus representantes, *"vive, lucha y no tiene ninguna gana de desaparecer"*. Hoy en día, los desafíos más difíciles que los kuna tienen que afrontar están representados por la deforestación y la degradación de su medio ambiente, la llegada de empresas sin escrúpulos y los efectos de la actividad eco-turística en la zona, la educación formal que no tiene en cuenta sus conocimientos propios y, por ende, la desaparición de los saberes depositados en los ancianos. De hecho, el paisaje ecológico y social en que se desarrolla la cotidianidad de los kuna está sufriendo daños irreversibles.

Breve etnohistoria de Urabá

Los pobladores ancestrales de Urabá, los cueva, fueron exterminados por los Conquistadores a lo largo del siglo XVI. Los kuna y los embera, que originariamente se asentaban más al sur, en la cuenca baja del río Atrato, aprovecharon de este vacío y vinieron ocupando estas tierras. A diferencia de los cueva, los pueblos que les sucedieron en la ocupación de estos territorios opusieron una fiera resistencia a los conquistadores y no permitieron nunca la colonización efectiva del Urabá. En esta región se fundó la primera colonia española en el Nuevo Mundo, la leyendaria Santa Maria la Antigua del Darién, que no sobrevivió más de

[4] Un rico repertorio fotográfico sobre estas comunidades se encuentra en los foto-blog Amasipu (http://amasipu.blogspot.com) y Nuedi (http://nuedi.vox.com).

medio siglo a los ataques de los “indios bravos”, los cuales, además, prefirieron mantener relaciones constantes con los piratas y los contrabandistas del Caribe, ofreciéndoles escondites seguros y estipulando alianzas de carácter oportunista con ellos. Esta actitud fue percibida, desde el punto de vista de los españoles, como un producto de la deslealtad y de la barbarie de los nativos, pero, desde la perspectiva de estos últimos, pudo garantizarles su independencia con cierto éxito. La fama de sus pobladores contribuyó seguramente a consolidar el aura de leyenda y de misterio que ha siempre circundado esta región, lo que en los siglos siguientes, en razón de la humanísima atracción hacia lo “desconocido” y “prohibido”, estimuló muchos viajeros a aventurarse en sus selvas aisladas y de difícil acceso. Exactamente esta característica hizo que los bosques de Urabá se volvieran, con el pasar de los siglos, el puerto de acogida no solo de los ya citados indígenas rebeldes, piratas y contrabandistas, sino también de cimarrones y evadidos, bandoleros, criminales y actores armados. No es gratuito que en los primeros años del siglo XX, las guerrillas liberales hayan buscado refugio en aquellas mismas regiones puesto que, hasta hoy en día, la presencia de los grupos armados en la zona responde a la clara exigencia estratégica de poderse esconder. Fue hacia estas áreas, consideradas como tierras baldías, que el Estado colombiano organizó, a lo largo de todo el siglo XX, numerosos programas de colonización dirigida y masiva estimulados sobre todo por la construcción de la carretera Medellín-Turbo. Se trataba de *“domesticar la selva”* (y apropiarse de ella) con los únicos recursos disponibles para enfrentar una empresa tan arriesgada, esto es, los que la sociedad nacional burguesa consideraba sus elementos marginales: campesinos, obreros y refugiados de la violencia.

Dinámicas migratorias de los kuna de Urabá

Estos procesos de colonización y la presión para el alargamiento de la frontera agrícola hacia la serranía del Darién han causado el desplazamiento masivo de enteras comunidades kuna. El anciano don Jesús Andrade, que fue cacique de Makilakuntiwala durante más de 60 años, recuerda con tristeza que:

"hasta hace medio siglo, anmar tule [nosotros los kuna] *vivíamos a lo largo y ancho de esta región que llaman Urabá. Había comunidades en Onguitiwala, Etortiwala, Akanti, Caburgana, Sapsur, Sapitane, Cutty, Tigletiwala, Peye, Sagalsapi y en toda la cuenca del Kakirtiwala. [...] Los kuna que vivían por allá se fueron todos, unos para Caimán, otros para San Blas, pero la mayoría vinieron aquí, en Arquía. Ahora aquellas tierras tienen nombre más españoles, así, como Unguía, Río Tolo, Acandí, Capurganá, Sapzurro, Tanela, Cuti, Cuque, Tigle, Peye, Sautata, Cacarica, pero antes eran nuestras tierras"*.

Kakirtiwala fue el primer territorio que fue abandonado, probablemente a lo largo del siglo XVIII, en gran medida a causa de la llegada de los embera y el establecimiento de pueblos de esclavos cimarrones en el área. La siguió Akanti, que fue invadida a partir de 1887. El Padre carmelita descalzo Severino de Santa Teresa de Jesús, autor de una fundamental historia de la Iglesia Católica en Urabá[5], documenta como aquel año llegó a la zona una cuadrilla de 120 afrodescendientes baruseños y cartageneros con el objetivo de explotar la tagua, un árbol conocido localmente con el nombre de *"marfil vegetal"* que, en aquella época, resultaba particularmente apreciada por la industria manufacturera. Los colonos solicitaron el permiso de las autoridades indígenas kuna para explotar la preciosa madera durante un mes. Sin embargo, aprovechando una epidemia de sarampión, se asentaron en la zona y siguieron, esta vez sin permiso, recolectando madera en las tierras de los kuna. Cuando desapareció el sarampión, al año siguiente, las autoridades tradicionales de Akanti exigieron la salida de los tagueros, los cuales respondieron enviando una comisión a Cartagena para solicitar la protección del entonces Presidente de la Republica, el Doctor Rafael Núñez. Este último, consciente de la importancia de la tagua como instrumento de inserción en los mercados internacionales, acogió el pedido de los recolectores foráneos y dispuso el envío inmediato de un buque de guerra con 300 hombres al mando del general Alcibíades Rodriguez, con la orden de atacar a los indígenas si no daban permiso para sacar la madera. Los pobladores

[5] Severino Santa Teresa de Jesús, O.C.D. (1956). História documentada de la Iglesia en Urabá y el Darién desde el descubrimiento hasta nuestros días. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la Republica de Colombia.

ancestrales de Akanti, atemorizados, accedieron a las pretensiones del gobierno, dejando sus tierras y refugiándose en Arquía. A lo largo del siglo XX, los kuna fueron obligados a abandonar sus otros asentamientos en Urabá. Cuquetiwala y Tigletiwala se vaciaron entre 1925 y 1930 para escapar de otra epidemia de sarampión traída, también esta vez, por colonos foráneos, causando otro proceso migratorio dirigido hacia Arquía. Similar es también la historia del asentamiento de Onguitiwala que desapareció repentinamente en 1940 para dejar el sitio al nuevo corregimiento de Unguía. En los recuerdos de los ancianos, todo empezó en 1932, con la llegada a la zona de antioqueños interesados en comerciar con los kuna oro y cacao destinados a la exportación, y de empresarios interesados en el cultivo de azúcar. Ambos grupos instalaron en la zona monocultivos, parcelas y ganadería así como las estructuras e infraestructuras necesarias para su actividad. El conocido "ingenio Sautata", considerado en su época como el proyecto azucarero más importante del país, construyó un ferrocarril de 5 kilómetros para el transporte de la mercancía hasta su propio puerto, localizado a orillas del río Atrato, donde llegaban semanalmente los barcos -muchos de ellos extranjeros- interesados en este comercio. Estas empresas, obviamente, se realizaron partiendo de la ocupación ilegitima de la tierra de las familias kuna que vivían allí, las cuales se vieron obligadas a escapar y a refugiarse en Arquía: la misma suerte que tocó, en seguida a las comunidades de Sapitanel (en 1962) y Cutty (en 1983). En estas últimas localidades, el proceso de colonización fue planeado por los sacerdotes claretianos, dirigidos por Padre Alcides Fernández y fomentados por el gobierno tanto local como nacional[6].

Caburgana y Sapsur, a diferencia de los otros asentamientos tradicionales de los kuna, no fueron ocupados: sus habitantes acogieron las ofertas de compradores extranjeros interesados en adquirir aquellas hermosas bahías para convertirlas en centros de descanso. Hoy en día, Capurganá y Sapzurro representan las "perlas" de Urabá, verdaderos sitios de recreo en los cuales los viajeros pueden encontrar estructuras "ecoturísticas" modernas y confortables. El supuesto "ecologismo" de estas prácticas, sin embargo, entra en colisión con

[6] Fernández, Alcides. (1991). Carabelas y Alcatraces. Medellín: Especial.

su misma historia, basada en el destierro de quienes antes vivían en aquellas tierras cuidando el medio ambiente que los hospedaba.

El territorio tradicional de los kuna de Urabá ha sido ocupado, a lo largo de los años, a través de la violencia, del desalojo forzado o aprovechando el miedo de sus pobladores, los cuales prefirieron escaparse o vender sus tierras para no enfrentar la eventualidad de riesgos peores. Arquía y Caimán Nuevo quedan entonces como los últimos bastiones de la presencia kuna en Urabá.

La destrucción del paisaje tradicional kuna

Durante siglos, los kuna han conseguido mantener un real equilibrio con el entorno que los circundaba. Los testimonios de los conquistadores del siglo XVI nos describen un Urabá salvaje y virgen, de *"selva por todos lados"*, donde la primacía de la naturaleza consigue asombrar las tropas españolas a pesar de su armamento y de sus capacidades militares. Hasta la primera mitad del siglo XX, es decir, hasta que los kuna pudieron ejercer su soberanía sobre el territorio de esta región, el Urabá comprendía millares de hectáreas de bosque primario así como una enorme biodiversidad. Con la llegada de miles de colonos y la introducción de actividades productivas interesadas en explotar los recursos naturales de esta región, muchas especies animales y vegetales nativas desaparecieron. Lamentablemente, el proceso de extinción biológica sigue afectando los hábitat que hospeda esta región, debido esta vez a la actividad de empresas sin escrúpulos. El viejo don Jesús Andrade, mirando cómo la selva que antes circundaba su resguardo ha desaparecido, murmura: *"Estamos como en una isla... en el medio de un océano de pasto y ganado... pero somos nosotros los que están acorralados"*.

Políticas publicas para el desarrollo y desarrollo de conflictos

Un contexto contradictorio, este: de un lado, la Constitución del 1991 que otorga derechos colectivos sobre los territorios que los indígenas ocupaban tradicionalmente; y de otro lado, las políticas de apertura económica que, desde más de una década, asignan un nuevo valor estratégico al Urabá. Para estos efectos, la titulación colectiva se volvió un obstáculo frente a los programas de desarrollo previstos por el esquema productivo nacional, debido a que, de una cierta manera, ha "motivado" los titulares de los derechos sobre las tierras objeto de conflicto a resistir a quienes intentaban sustraérselas, estimulando un aumento de la violencia en su contra por parte de los criminales. De hecho, desde la emanación de la Constitución Nacional, millares de indígenas en todo el país han tenido que sufrir el impacto del desplazamiento. A este proceso de destierro ha seguido, generalmente, una ocupación del territorio por parte de los actores armados, la venta ilegal de los títulos colectivos a empresas privadas o prestanombres, la deforestación de las áreas de bosque y una conversión del uso de la tierra orientado a la expansión de los cultivos de palma africana y de coca.

Los kuna de Urabá todavía no han sido desplazados, no obstante sus pobladores han sido obligados durante años a sufrir las vejaciones del inmenso ejército privado del Bloque Élmer Cárdenas, un tiempo amos y señores del Urabá. La actualidad judiciaria ha confirmado que la jefatura paramilitar local disponía de inmensos cultivos e inversiones en proyectos agro-industriales alrededor de Arquía y Caimán Nuevo. Al fin y al cabo, mientras los kuna luchan para sobrevivir, la economía del conflicto sigue aprovechando de la *"mejor esquina de América"* para sus intereses delictivos.